

mirtos en el lugar de los amantes, porque yo no vi selva ninguna sino en el cuartel que dije de los zapateros, que estaba todo lleno de bojes, que no se gasta otra madera en los edificios.

Estaban todos los zapateros vomitando de asco de unos pasteleros que se les arrimaban á las puertas, que no cabían en un silo, donde estaban tantos que andaban mil diablos con pisones atestando almas de pasteleros, y aun no bastaban. «¡Ay de nosotros, dijo uno, que nos condenamos por el pecado de la carne, sin conocer mujer, tratando más en huesos!» Lamentábase bravamente, cuando dijo un diablo: «Ladrones, ¿quién merece el infierno mejor que vosotros, pues habeis hecho comer á los hombres caspa, y os han servido de pañizuelos los de á real, sonándoos en ellos, donde muchas veces pasó por caña el tuétano de las narices? ¿Qué de estómagos pudieran ladrar, si resucitaran los perros que les hicistes comer? ¿Cuántas veces pasó por pasa la mosca golosa, y muchas fué el mayor bocado de carne que comió el dueño del pastel? ¿Qué de dientes habeis hecho jinetes, y qué de estómagos habeis traído á caballo, dándoles á comer rocines enteros? ¿Y os quejais, siendo gente ántes condenada que nacida, los que haceis así vuestro oficio? ¿Pues qué pudiera decir de vuestros caldos? Mas no soy amigo de revolver caldos. Padeced y callad enhoramala; que más hacemos nosotros en atormentaros que vosotros en sufrirlo. Y vos andad adelante, me dijo á mí, que tenemos que hacer estos y yo.»

Partime de allí, y subí por una cuesta donde en la cumbre y al rededor se estaban abrasando unos hombres en fuego inmortal, el cual encendían los diablos, en lugar de fuelles, con corchetes, que soplaban mucho más; que aun allá tienen este oficio (1); y son abanicos de culpas y resuello de la provincia, y vabarada del verdugo.

Vi un mercader que poco ántes había muerto. «¿Acá estais? dije yo. ¿Qué os parece? ¿No valiera más haber tenido poca hacienda y no estar aquí?» Dijo en esto uno de los atormentadores: «Pensaron que no había más, y quisieron con la vara de medir sacar agua de las piedras. Estos son, dijo, los que han ganado como buenos caballeros el infierno por sus pulgares, pues á puras pulgaradas se nos vienen acá. Mas ¿quién duda que la oscuridad de sus tiendas les prometía estas tinieblas? Gente es esta (dijo al cabo muy enojado) que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida; mas él, que todo lo ve, los trajo de sus rasos á estos nublados, que los atormenten con rayos. Y si quierdes acabar de saber cómo estos son los que sirven allá á la locura de los hombres juntamente con los plateros y buhoneros, has de advertir que si Dios hiciera que el mundo amaneciera cuerdo un día, todos estos quedarán pobres, pues entonces se conociera que en el diamante, perlas, oro y sedas diferentes, pagamos más lo inútil y demasiado y raro, que lo necesario y honesto. Y advertid ahora que la cosa que más cara se os vende en el mundo es lo que menos vale, que es la vanidad que teneis; y

(1) ellos y los malditos alguaciles. Por soplar, daban crueldades voces. Uno de ellos decía: «Yo al Justo vendí: ¿Qué me persiguen!» Dijo yo entre mí: «Al Justo vendiste! Este es Judas.» Y lleguemos con codicia de ver si era barbinegro ó bermejo, cuando le oí nozo, y era un mercader, etc. (Edición de Pamplona, 1631.)

estos mercaderes son los que alimentan todos vuestros desórdenes y apetitos.» Tenía talle de no acabar sus propiedades, si yo no me pasara adelante, movido de admiración de unas grandes carcajadas que oí. Fuíme allá por ver risa en el infierno, cosa tan nueva. «¿Qué es esto?» dije; cuando veo dos hombres dando voces en un alto, muy bien vestidos, con calzas atacadas: el uno con capa y gorra, puños como cuellos, y cuellos como calzas; el otro traía valones y un pergamino en las manos, y á cada palabra que hablaban se hundían siete ú ocho mil diablos de risa, y ellos se enojaban más. Lleguéme más cerca por oírlos, y oí al del pergamino, que á la cuenta era hidalgo, que decía: «Pues si mi padre se decía tal cual, y soy nieto de Estéban tales y cuales, y ha habido en mi linaje trece capitanes valerosísimos, y de parte de mi madre doña Rodriga descendiendo de cinco catedráticos los más doctos del mundo, ¿cómo me puedo haber condenado? Y tengo mi ejecutoria y soy libre de todo, y no debo pagar pecho.» «Pues pagad espalda,» dijo un diablo, y dióle luego cuatro palos en ellas, que le derribó de la cuesta; y luego le dijo: «Acabáos de desengañar que el que descende del Cid, de Bernardo y de Gofredo, y no es como ellos, sino vicioso como vos, ese tal más destruye el linaje que lo hereda. Toda la sangre, hidalguillo, es colorada, parecedlo en las costumbres, y entonces creeré que descendéis del docto cuando lo fuéredes ó procuráredes serlo; y si no, vuestra nobleza será mentira breve en cuanto durare la vida; que en la chancillería del infierno arrúgase el pergamino y consúmenselas letras; y el que en el mundo es virtuoso, ese es el hidalgo, y la virtud es la ejecutoria que acá respetamos, pues aunque descienda de hombres viles y bajos, como él con divinas costumbres se haga digno de imitación, se hace noble á sí y hace linaje para otros. Reímonos acá de ver lo que ultrajais á los villanos, moros y judíos, como si en estos no cupieran las virtudes que vosotros despreciáis. Tres cosas son las que hacen ridículos á los hombres: la primera la nobleza, la segunda la honra, la tercera la valentía, pues es cierto que os contentais con que hayan tenido vuestros padres virtud y nobleza para decir que la teneis vosotros, siendo inútil parto del mundo. Aciertad á tener muchas letras el hijo del labrador; es arzobispo el villano que se aplica á honestos estudios; y los caballeros que descenden de buenos padres, como si hubieran ellos de gobernar el cargo que les dan, quieren (¡ved qué ciegos!) que les valga á ellos viciosos la virtud ajena de trescientos mil años, ya casi olvidada, y no quieren que el pobre se honre con la propia.» Carcomióse el hidalgo de oír estas cosas, y el caballero que estaba á su lado se afligia, pegando los abanillos del cuello y volviendo las cuchilladas de las calzas.

«¿Pues qué diré de la honra mundana? Que más tiranías hace en el mundo y más daños, y la que más gustos estorba. Muere de hambre un caballero pobre, no tiene con qué vestirse, ándase roto y remendado, ó da en ladrón, y no lo pide porque dice que tiene honra, ni quiere servir porque dice que es deshonra. Todo cuanto se busca y afana dicen los hombres que es por sustentar honra. ¡Oh lo que gasta la honra! Y legado á ver lo que es la honra mundana, no es nada. Por la honra no come el que tiene gana donde le sabría

bien. Por la honra se muere la viuda entre dos paredes. Por la honra, sin saber qué es hombre ni qué es gusto, se pasa la doncella treinta años casada consigo misma. Por la honra la casada se quita á su deseo cuanto pide. Por la honra pasan los hombres el mar. Por la honra mata un hombre á otro. Por la honra gastan todos más de lo que tienen. Y es la honra mundana, segun esto, una necedad del cuerpo y alma, pues al uno quita los gustos y al otro el descanso. Y porque veais cuáles sois los hombres desgraciados y cuán á peligro teneis lo que más estimais, háse de advertir que las cosas de más valor en vosotros son la honra, la vida y la hacienda. La honra está en arbitrio de las mujeres, la vida en manos de los doctores, y la hacienda en las plumas de los escribanos.» «Desvanecéos pues bien, mortales, dije yo entre mí, ¡y cómo se echa de ver que esto es el infierno, donde por atormentar á los hombres con amarguras les dicen las verdades!»

Tornó en esto á proseguir, y dijo: «La valentía. ¿Hay cosa tan digna de burla? pues no habiendo ninguna en el mundo sino la caridad, con que se vence la fiera de otros, y la de sí mismo y la de los mártires, todo el mundo es de valientes; siendo verdad que todo cuanto hacen los hombres, cuanto han hecho tantos capitanes valerosos como ha habido en la guerra, no lo han hecho de valentía, sino de miedo, pues el que pelea en la tierra por defendella pelea de miedo de mayor mal, que es ser cautivo y verse muerto; y el que sale á conquistar los que están en sus casas, á veces lo hace de miedo de que el otro no le acometa; y los que no llevan este intento van vencidos de la codicia. Ved qué valientes: á robar oro y á inquietar los pueblos apartados, á quien Dios puso como defensa á nuestra ambición, mares en medio y montañas ásperas! Mata uno á otro primero vencido de la ira, pasión ciega, y otras veces de miedo de que le mate á él. Así, hombres que todo lo entendeis al revés, bobo llamais al que no es sedicioso, alborotador y maldiciente; sabio llamais al mal acondicionado, perturbador y escandaloso; valiente al que perturba el sosiego; y cobarde al que con bien compuestas costumbres, escondido de las ocasiones no da lugar á que le pierdan el respeto. Estos tales son en quien ningún vicio tiene licencia.» «¡Oh pésia tal! dije yo, más estimo haber oído este diablo que cuanto tengo.» Dijo en esto el de las calzas atacadas muy mohino: «Todo eso se entiende con ese escudero, pero no conmigo, á fe de caballero (y tornó á decir caballero tres cuartos de hora), que es ruin término y descortesía: ¡deben de pensar que todos somos unos!» Esto les dió á los diablos grandísima risa. Y luego llegándose uno á él, le dijo que se desenojase y mirase qué había menester y qué era la cosa que más pena le daba, porque le querían tratar como quien era. Y al punto dijo: «Bésos las manos; un molde para repasar el cuello.» Tornaron á reír, y él á atormentarse de nuevo.

Yo, que tenía gana de ver todo lo que hubiese, pareciendo que me había detenido mucho, me partí; y á poco que anduve topé una laguna muy grande como el mar, y más sucia, adonde era tanto el ruido, que se me desvaneció la cabeza. Pregunté lo que era aquello, y dijéronme que allí penaban las mujeres que en el mundo se volvieron dueñas. Así supe como las dueñas de acá son ranas del infierno, que eternamente como

ranas están hablando, sin tono y sin són, húmedas y encienas, y son propiamente ranas infernales; porque las dueñas ni son carne ni pescado, como ellas. Dióme grande risa el verlas convertidas en sabandijas tan pier-niabiernas, y que no se comen sino de medio abajo, como la dueña, cuya cara siempre es trabajosa y arrugada.

Sali, dejando el charco á mano izquierda, á una dehesa donde estaban muchos hombres arañándose y dando voces, y eran infinitísimos, y tenía seis porteros. Pregunté á uno qué gente era aquella tan vieja y tan en cantidad. «Este es, dijo, el cuarto de los padres que se condenan por dejar ricos á sus hijos, que por otro nombre se llama el cuarto de los necios.» «¡Ay de mí! dijo en esto uno, que no tuve día sosegado en la otra vida, ni comí ni vestí, por hacer un mayorazgo, y despues de hecho, por aumentarle; y en haciéndole, me morí sin médico por no gastar dineros amontonados; y apenas espiré, cuando mi hijo se enjugó las lágrimas con ellos; y cierto de que estaba en el infierno por lo que vió que había ahorrado, viendo que no había menester misas, no me las dijo, ni cumplió manda mía; y permite Dios que aquí para más pena le vea desperdiciar lo que yo afané, y le oigo decir: Ya se condenó mi padre: ¿por qué no tomó más sobre su ánima, y se condenó por cosas de más importancia?» «¿Queréis saber, dijo un demonio, qué tanta verdad es esa, que tienen ya por refrán en el mundo contra estos miserables decir: Dichoso el hijo que tiene á su padre en el infierno.» Apenas oyeron esto, cuando se pusieron todos á anllar y darse de bofetones. Hiciéronme lástima; no lo pude sufrir, y pasé adelante.

Y llegando á una cárcel oscurísima, oí grande ruido de cadenas y grillos, fuego, azotes y gritos. Pregunté á uno de los que allí estaban qué estancia era aquella, y dijéronme que era el cuarto de los de: ¡Oh quién hubiera! «No lo entiendo, dije. ¿Quién son los de oh quién hubiera?» Dijo al punto: «Son gente necia que en el mundo vivía mal, y se condenó sin entenderlo, y ahora acá se les va todo en decir: ¡Oh quién hubiera oído misa! Oh quién hubiera callado! Oh quién hubiera favorecido al pobre! Oh quién no hubiera hurtado!» Huí medroso de tan mala gente y tan ciega, y dí en unos corrales con otra peor. Pero admiróme más el título con que estaban aquí, porque preguntándoselo á un demonio, me dijo: «Estos son los de: Dios es piadoso.» «Dios sea conmigo, dije al punto: ¿Pues cómo puede ser que la misericordia condene, siendo eso de la justicia? Vos hablais como diablo.» «Y vos, dijo el maldito, como ignorante, pues no sabeis que la mitad de los que están aquí se condenan por la misericordia de Dios; y si no, mirad cuántos son los que cuando hacen algo mal hecho y se lo reprenden, pasan adelante, y dicen: Dios es piadoso, y no mira en niñerías; para eso es la misericordia de Dios tanta; y con esto, miéntras ellos haciendo mal esperan en Dios, nosotros los esperamos acá.» «¿Luego no se ha de esperar en Dios y en su misericordia?» dije yo. «No lo entiendes, me respondieron; que de la piedad de Dios se ha de fiar, porque ayuda á buenos deseos y premia buenas obras, pero no todas veces con consentimiento de obstinaciones; que se burlan á sí las almas que consideran la misericordia de Dios encubridora de malda-

des, y la aguardan como ellas la han menester, y no como ella es, purísima y infinita en los santos y capaces della; pues los mismos que más en ella están confiados, son los que ménos la dan para su remedio. No merece la piedad de Dios quien, sabiendo que es tanta, la convierte en licencia, y no en provecho espiritual. Y de muchos tiene Dios misericordia que no la merecen ellos; y en los más es así, pues nada de su mano pueden sino por favor, y el hombre que más hace es procurar merecerla. » Porque no os desvanecáis, y sepais que aguardais siempre al postrero día lo que quisierades haber hecho al primero, y que las más veces está pasado por vosotros lo que teméis que ha de venir; esto se ve y se oye en el infierno. ¡ Ah lo que aprovechará allá uno destos escarmentados !

Diciendo esto, llegué á una caballeriza donde estaban los tintoreros, que no averiguara un pesquisidor quiénes eran, porque los diablos parecían tintoreros, y los tintoreros diablos. Pregunté á un mulato, que á puros cuernos tenía hecha espetera la frente, ¿ que dónde estaban los sodomitas, las viejas y los cornudos ? Dijo: « En todo el infierno están; que esa es gente que en vida son diablos, pues es su oficio traer corona de hueso. De los sodomitas y viejas no solo no sabemos dellos, pero ni querriamos saber que supiesen de nosotros; que en ellos peligran nuestras asentaderas; y los diablos por eso traemos colas, porque, como aquellos están acá, habemos menester mosqueador de los rabos. De las viejas, porque aun acá nos enfadan y atormentan, y no hartas de vida, hay algunas que nos enamoran, muchas han venido acá muy arrugadas y canas, y sin diente ni muela, y ninguna ha venido cansada de vivir. Y otra cosa más graciosa, que si os informais dellas, ninguna vieja hay en el infierno, porque la que está calva y sin muelas, arrugada y lagañosa de pura edad y de pura vieja, dice que el cabello se le cayó de una enfermedad; que los dientes y muelas se le cayeron de comer dulce; que está gibada de un golpe; y no confesará que son años, si pensara remozar por confesarlo.

Junto á estos estaban unos pocos dando voces, y quejándose de su desdicha. « ¿ Qué gente es esta ? » pregunté; y respondiome uno dellos: « Los sin ventura, muertos de repente. » « Mentis, dijo un diablo; que ningún hombre muere de repente; de descuidado y divertido sí. ¿ Cómo puede morir de repente quien dende que nace ve que va corriendo por la vida, y lleva consigo la muerte ? ¿ Qué otra cosa veis en el mundo, sino entierros, muertos y sepulturas ? Qué otra cosa ois en los pulpitos, y leéis en los libros ? ¿ A qué volveis los ojos, que no os acuerde de la muerte ? Vuestro vestido que se gasta, la casa que se cae, el muro que se envejece, y hasta el sueño cada día os acuerda de la muerte, retratándola en sí. ¿ Pues cómo puede haber hombre que se muera de repente en el mundo, si siempre lo andan avisando tantas cosas ? No os habeis de llamar, no, gente que murió de repente, sino gente que murió incrédula de que podía morir así, sabiendo con cuán secretos pies entra la muerte en la mayor mocedad, y que en una misma hora, en dar bien y mal, suele ser madre y madrastra. »

Volví la cabeza á un lado, y vi en un seno muy grande apretura de almas, y diome un mal olor. « ¿ Qué

es esto ? » dije; y respondiome un juez amarillo que estaba castigándolos: « Estos son los boticarios, que tienen el infierno lleno de bote en bote; gente que, como otros buscan ayudas para salvarse, estos las tienen para condenarse. Estos son los verdaderos alquimistas; que no Demócrito Abderita en la *Arte sacra*, Avicena, Géber, ni Raimundo Lull (a); porque ellos escribieron

(a) Demócrito abderita nació en Abdera, ciudad de la Tracia, cuatrocientos setenta años ántes de Jesucristo. A la muerte de su padre, que era muy rico, hecha la particion de bienes, reservó el metálico para sí, que era la menor parte, y entregó á sus dos hermanos los bienes raíces. Dicese que le tocaron cien talentos. Con esa suma se decidió á viajar por los países adonde se prometía adquirir algunos conocimientos. Recorrió el Egipto, la Persia, la India y la Etiopía, consultando en todas partes á los sacerdotes, á los magos y á los gymnosollistas. A la vuelta de su viaje escuchó en la gran Grecia al filósofo Leucippo, que enseñaba el sistema de los átomos y del vacío, que traía su origen del Oriente. Volvió á su patria, consumido ya el patrimonio; pero los abderitas, habiendo conocido su ingenio y sabiduría, le pusieron al frente del Gobierno. Pronto renunció el filósofo semejante cargo para entregarse á una vida solitaria y contemplativa. Esta conducta, la costumbre que había adquirido de buscar el ridículo que tienen todas las acciones humanas, la expresion de sonrisa que por ello se notaba siempre en su fisonomía; todas las particularidades, en fin, de una vida tan distinta de la de los demas hombres, hicieron creer á sus compatriotas que estaba loco. Hipócrates los desengañó de tamaño error, segun se dice, y quedó prendado de los grandes conocimientos de Demócrito. Diógenes Laercio trae el largo catálogo de sus obras, lib. 9, cap. 7, núm. 15.

Avicena, Abu Ali Hocein Ibn-Sina, fué el más célebre de los médicos árabes. Nació el año 370 de la hegra (980 de Jesucristo), en Aschanat, pueblo dependiente de Schiraz. Su padre, gobernador de aquel pueblo, le aplicó desde muy jóven al estudio de las bellas letras, del derecho, las matemáticas, la física y la medicina. Ejerció esta última facultad con fama extraordinaria en varios países, y tambien el oficio de visir. Murió en Hamadan, envenenado por uno de sus esclavos, que quiso apoderarse de sus inmensas riquezas, el año 428 de la hegra (1037 de Jesucristo). Avicena es uno de los hombres más extraordinarios que ha producido el Oriente. Dotado de memoria prodigiosa y de grande facilidad para expresarse, ambicionó penetrar en todas las ciencias, y escribió sobre ellas (á pesar de sus desgracias, de sus empleos y de sus excesos) obras, cada una de las cuales podría ocupar la vida de un hombre á ella dedicado exclusivamente. Sin embargo, sus conocimientos no pudieron libertarle de caer en muchos errores y supersticiones: compuso diversos tratados de alquimia, y la metafísica le descarró hasta el grado de hacerle escéptico. Los europeos no conocen sus obras filosóficas, sino las médicas únicamente. En el día está olvidada la medicina de la escuela árabe; pero ningún hombre, despues de Hipócrates y Galeno, ha ejercido un poder tan grande sobre esta ciencia como Avicena: sus *Canonos* fueron el estudio de todas las escuelas de Europa durante seis siglos.

Géber ó Gáber, famoso alquimista árabe, cuyo verdadero nombre es Abu Mussah Djafar al Soli, natural de Harran en Mesopotamia, vivió, segun Abulfeda, en el siglo viii. No tienen pues razon los que le han hecho español, indiano ó griego. Los pormenores de su vida son desconocidos. Venimos, sin embargo, por sus escritos en conocimiento de que las investigaciones que hizo para averiguar la naturaleza y fusibilidad de los metales con objeto de trasmutarlos en oro, le llevaron á hacer muchos descubrimientos importantes en la química y en la medicina, tales como el sublimado corrosivo, el precipitado rojo, el agua fuerte, el nitrato de plata, etc. Así es como la filosofía hermética dió á la química principio, y como Géber ha llegado á hacerse célebre, no porque buscó la quimera de la piedra filosofal, sino por haber encontrado verdades fundadas en la experiencia. Dicese que cultivó la astronomía, y aun se le honra con el descubrimiento del álgebra, suponiendo que dió nombre á esta ciencia; pero todas las obras que se conocen de Géber tratan únicamente sobre alquimia.

Raimundo Lull, filósofo cristiano, muy célebre en Europa por el método llamado *Arte lulliana*, que dominó en las escuelas durante los siglos xiv, xv y xvi. Nació en Palma, capital de Mallorca, en 1235. Vivió en la corte de Jaime I, conquistador de aquella isla, donde obtuvo el empleo de senescal de palacio y contrajo matrimonio. Su conducta, no obstante, era relajada; pero cierto día siguiendo á una dama que le había agradado, y alcanzando de ella una cita, le manifestó la misma dama el pecho devorado por un cáncer. Tan las

cómo de los metales se podía hacer oro, y no lo hicieron ellos; y si lo hicieron, nadie lo ha sabido hacer despues acá; pero estos tales boticarios de la agua turbia (que no clara) hacen oro, y de los palos; oro hacen de las moscas, del estiércol; oro hacen de las arañas, de los alacranes y sapos; y oro hacen del papel, pues venden hasta el papel en que dan el unguento. Así que solo para estos puso Dios virtud en las yerbas y piedras y palabras, pues no hay yerba, por dañosa que sea y mala, que no les valga dineros, hasta la ortiga y cicutá; ni hay piedra que no les dé ganancia, hasta el guijarro crudo, sirviendo de moleta. En las palabras tambien, pues jamas á estos les falta cosa que les pidan, aunque no la tengan, como vean dinero, pues dan por aceite de matíolo aceite de ballena, y no compra sino las palabras el que compra. Y su nombre no había de ser boticario, sino armeros; ni sus tiendas no se habían de llamar boticas, sino armerías de los doctores, donde el médico toma la daga de los lamedores, el montante de los jarabes, y el mosquete de la purga maldita, demasíada, recetada á mala sazón y sin tiempo. Allí se ve todo esmeril de unguentos, la asquerosa arcabuceria de melecinas con municion de calas. Muchos destos se salvan; pero no hay que pensar que cuando mueren tienen con qué enterrarse.

Y si quereis reir, ved tras ellos los barberillos cómo penan, que en subiendo esos dos escalones, están en ese cerro. » Pero pasé allá, y vi (¿ qué cosa tan admirable y qué justa pena ! ) los barberos atados y las manos sueltas, y sobre la cabeza una guitarra, y entre las piernas un ajedrez con las piezas de juego de damas; y cuando iba con aquella ansia natural de pasacalles á tañer, la guitarra le huía, y cuando volvía abajo á dar de comer una pieza, se le sepultaba el ajedrez, y esta era su pena. No entendí salir de allí de risa.

Estaban tras de una puerta unos hombres, muchos en cantidad, quejándose de que no hiciesen caso dellos, aun para atormentarlos; y estábales diciendo un diablo, que eran todos tan diablos como ellos, que atormentasen á otros. « ¿ Quién son ? » le pregunté. Y dijo el diablo: « Hablando con perdon, los zurdos, gente que no puede hacer cosa á derechas, quejándose de que no están con los otros conde-

timoso espectáculo le llamó al interior, dejó la corte y se fué en peregrinacion á Santiago de Galicia. Los consejos de san Raimundo de Peñafort le hicieron á su vuelta en Mallorca dedicarse á procurar en la salud de los demás la suya propia. No pudiendo abrazar la vida monástica, retiróse á la montaña de Rauda, y allí se dedicó á estudiar la teología y la filosofía. Lleno de estos conocimientos y de un vivo deseo de convertir á los mahometanos, escribió para demostrar la verdad el *Arte general* y otras muchas obras, y emprendió tres viajes al Africa con el fin de atraerse á los filósofos árabes. Estando en el último en Bugia, irritados los mahometanos con sus predicaciones, tales como el sublimado corrosivo, el precipitado rojo, el agua fuerte, el nitrato de plata, etc. Así es como la filosofía hermética dió á la química principio, y como Géber ha llegado á hacerse célebre, no porque buscó la quimera de la piedra filosofal, sino por haber encontrado verdades fundadas en la experiencia. Dicese que cultivó la astronomía, y aun se le honra con el descubrimiento del álgebra, suponiendo que dió nombre á esta ciencia; pero todas las obras que se conocen de Géber tratan únicamente sobre alquimia.

Raimundo Lull, filósofo cristiano, muy célebre en Europa por el método llamado *Arte lulliana*, que dominó en las escuelas durante los siglos xiv, xv y xvi. Nació en Palma, capital de Mallorca, en 1235. Vivió en la corte de Jaime I, conquistador de aquella isla, donde obtuvo el empleo de senescal de palacio y contrajo matrimonio. Su conducta, no obstante, era relajada; pero cierto día siguiendo á una dama que le había agradado, y alcanzando de ella una cita, le manifestó la misma dama el pecho devorado por un cáncer. Tan las

nados; y acá dudamos si son hombres ó otra cosa; que en el mundo ellos no sirven sino de enfados y de mal agüero; pues si uno va en negocios y topa zurdos, se vuelve como si topara un cuervo ó ojera una lechuzca. Y habeis de saber que cuando Scévola se quemó el brazo derecho porque erró á Porsena (que fué, no por quemarle y quedar manco, sino queriendo hacer en sí un gran castigo), dijo: « ¿ Así, que erré el golpe ? Pues en pena he de quedar zurdo. » Y cuando la justicia manda cortar á uno la mano derecha por una resistencia, es la pena hacerle zurdo, no el golpe. Y no querais más, que queriendo el otro echar una maldicion muy grande, fea y afrentosa, dijo:

Lanzada de moro izquierdo  
Te atraviese el corazon.

Y en el día del juicio todos los condenados, en señal de serlo, estarán á la mano izquierda. Al fin es gente hecha al revés, y que se duda si son gente. »

En esto me llamó un diablo por señas, y me advirtió con las manos que no hiciese ruido. Lleguéme á él, y asoméme á una ventana, y dijo: « Mira lo que hacen las feas. » Y veo una muchedumbre de mujeres, unas tomándose puntos en las caras, otras haciéndose de nuevo, porque ni la estatura en los chapines, ni la ceja con el cohól, ni el cabello en la tinta, ni el cuerpo en la ropa, ni las manos con la muda, ni la cara con el afeite, ni los labios con la color, eran los con que nacieron ellas. Y vi algunas poblando sus calvas con cabellos que eran suyos solo porque los habían comprado. Otra vi que tenía su media cara en las manos, en los botes de unto y en la color. « Y no querais más de las invenciones de las mujeres, dijo un diablo; que hasta resplandor tienen sin ser soles ni estrellas. Las más duermen con una cara, y se levantan con otra al estrado; y duermen con unos cabellos, y amanecen con otros. Muchas veces pensais que gozais las mujeres de otro, y no pasais el adulterio de la carne. Mirad cómo consultan con el espejo sus caras. Estas son las que se condenan solamente por buenas, siendo malas. » Espanzóme la novedad de la causa con que se habían condenado aquellas mujeres; y volviendo vi un hombre asentado en una silla á solas, sin fuego, ni hielo, ni demonio, ni pena alguna, dando las más desesperadas voces que oí en el infierno, llorando el propio corazon, haciéndose pedazos á golpes y á vuelcos. ¿ Válgame Dios! dije en mi alma, ¿ de qué se queja este no atormentándole nadie ? Y él cada punto doblaba sus alaridos y voces. Dime, dije yo: ¿ qué eres y de qué te quejas, si ninguno te molesta, si el fuego no te arde ni el hielo te cerca ? « ¡ Ay ! dijo dando voces, que la mayor pena del infierno es la mia: ¿ verdugos te parece que me faltan ? ¡ Triste de mí, que los mas crueles están entregados á mi alma ! ¿ No los ves ? dijo; y empezó á morder la silla y á dar vueltas alrededor y gemir. Vélos, que sin piedad van midiendo á descompasadas culpas eternas penas. »

« ¡ Ay qué terrible demonio eres, memoria del bien que pude hacer, y de los consejos que desprecié y de los males que hice ! ¿ Qué representacion tan continua ! Déjame tú, y sale el entendimiento con imaginaciones de que hay gloria que pude gozar, y que otros gozan á ménos costa que yo mis penas ! ¡ Oh qué hermoso que pintas el cielo, entendimiento, para acabarme ! Déjame

un poco siquiera. ¿Es posible que mi voluntad no ha de tener paz conmigo un punto? ¡Ay, huésped, y qué tres llamas invisibles, y qué sayones incorpóreos me atormentan en las tres potencias del alma! Y cuando estos se cansan, entra el gusano de la conciencia, cuya hambre en comer del alma nunca se acaba: véeme aquí miserable y perpetuo alimento de sus dientes.» Y diciendo esto, salió la voz: «¿Hay en todo este desesperado palacio quien trueque sus almas y sus verdugos á mis penas? Así, mortal, pagan los que supieron en el mundo, tuvieron letras y discurso, y fueron discretos: ellos se son infierno y martirio de sí mismos.» Tornó amortecido á su ejercicio con mas muestras de dolor. Apartéme de él medroso, diciendo: ¡Ved de lo que sirve caudal de razon y doctrina y buen entendimiento mal aprovechado! Quien se lo vió llorar solo, y tenia dentro de su alma aposentado el infierno!

Lleguéme, diciendo esto, á una gran compañía, donde penaban en diversos puestos muchos, y vi unos carnos en que traian atenaceando muchas almas con pregones delante. Lleguéme á oír el pregon, y decia: «Estos manda Dios castigar por escandalosos y porque dieron mal ejemplo.» Y vi á todos los que penaban que cada uno los metia en sus penas, y así pasaban las de todos como causadores de su perdicion. Pues estos son los que enseñan en el mundo malas costumbres, de quien dijo Dios que valiera más no haber nacido.

Pero díome risa ver unos taberneros que se andaban sueltos por todo el infierno penando sobre su palabra, sin prision ninguna, teniéndola cuantos estaban en él. Y preguntando por qué á ellos solos los dejan andar sueltos, dijo un diablo: «Y les abrimos las puertas; que no hay para qué temer que se irán del infierno gente que hace en el mundo tantas diligencias para venir. Fuera de que los taberneros trasplantados acá, en tres meses son tan diablos como nosotros. Tenemos solo cuenta de que no lleguen al fuego de los otros, porque no lo agüen.»

«Pero si quereis saber notables cosas, llegaos á aquel cerco: veréis en la parte del infierno mas hondo á Judas con su familia descomulgada de malditos dispenseros.» Hicelo así, y vi á Judas, que me holgué mucho, cercado de sucesores suyos y sin cara. No sabré decir sino que me sacó de la duda de ser barbirojo como le pintan los extranjeros por hacerle español, porque él me pareció capon; y no es posible menos ni que tan mala inclinacion y ánimo tan doblado se hallase sino en quien (por serlo) no fuese ni hombre ni mujer. ¿Y quién sino un capon tuviera tan poca vergüenza? Y quién sino un capon pudiera condenarse por llevar las bolsas? Y quién sino un capon tuviera tan poco ánimo que se ahorcase sin acordarse de la mucha misericordia de Dios? Ello yo creo por muy cierto lo que fuere verdad; pero capon me pareció que era Judas. Y lo mismo digo de los diablos; que todos son capones, sin pelo de barba y arrugados; aunque sospecho que como todos se quemán, que el estar lampiños es de chamuscado el pelo con el fuego, y lo arrugado, del calor; y debe ser así, porque no vi ceja ni pestaña, y todos eran calvos.

Estaba pues Judas muy contento de ver cuán bien lo hacian algunos dispenseros en venirle á cortejar y á entretener (que muy pocos me dijeron que le dejaban de imitar). Miré mas atentamente, y fuíme llegando

donde estaba Judas, y vi que la pena de los dispenseros era que, como á Titio le come un huitre las entrañas, á ellos se las descarnaban dos aves que llaman sisonos. Y un diablo decia á voces de rato en rato: «Sisonos son dispenseros, y los dispenseros sisonos.» A este pregon se estremecian todos, y Judas estaba con sus treinta dineros atormentándose (1). Yo le dije: Una cosa querria saber de tí: ¿por qué te pintan con botas y dicen por refran las botas de Judas? «No porque yo las truje (respondió); mas quisieron significar poniéndome botas que anduve siempre de camino para el infierno, y por ser dispensero; y así se han de pintar todos los que lo son. Esta fué la causa, y no lo que algunos han colegido de verme con botas, diciendo que era portugues, que es mentira; que yo fui...» (y no me acuerdo bien de dónde me dijo que era, si de Calabria, si de otra parte). «Y has de advertir que yo solo soy el dispensero que se ha condenado por vender, que todos los demas (fuera de algunos) se condenan por comprar. Y en lo que dices que fui traidor y maldito en dar á mi Maestro por tan poco precio, tienes razon; y no podia hacer yo otra cosa, fiándome de gente como los judíos, que era tan ruin que pienso que si pidiera un dinero más por él no me lo tomaran. Y porque estás muy espantado y fiado en que yo soy el peor hombre que ha habido, vé ahí debajo, y verás muchísimos tan malos. Véte, dijo, que ya basta de conversacion, que no los escurezco.»

Dices la verdad, le respondí, y acogíme donde me señaló, y topé muchos demonios en el camino con palos y lanzas echando del infierno muchas mujeres hermosas y muchos malos letrados. Pregunté que por qué los querian echar del infierno á aquellos solos, y dijo un demonio: Porque eran de grandísimo provecho para la poblacion del infierno en el mundo: las damas con sus caras y con sus mentirosas hermosuras y buenos pareceres, y los letrados con buenas caras y malos pareceres; y que así los echaban porque trujesen gente.

Pero el pleito más intrincado y el caso mas difícil que yo vi en el infierno fué el que propuso una mujer condenada con otras muchas por malas, enfrente de unos ladrones, la cual decia: «Decidnos, señor, ¿cómo ha

(1) Tenia un bote junto á sí. No me sufrió el corazón á no decirle algo. Y así, llegándome cerca, le dije: «¿Cómo, traidor infame sobre todos los hombres, vendiste á tu Maestro, á tu Señor y á tu Dios por tan poco dinero?» A lo cual respondió: «Pues vosotros por qué os quejais deso? que sobrado de bien os estubo, pues fué el medio y arcauz para vuestra salud. Yo soy el que me he de quejar, y fui á quien le estuvo mal; y ha habido herejes que me han tenido con veneracion, porque di principio en la entrega á la medicina de vuestro mal. Y no penseis que soy yo solo el Judas; que despues que Cristo murió, hay otros peores que yo, y más ingratos, pues no solo le venden, pero le venden y compran, azotan y crucifican; y lo que es más que todo, ingratos á vida, y pasión y muerte, y resurreccion, le maltratan y persiguen en nombre de sus hijos. Y si yo lo hice antes que muriese, con nombre de apóstol y dispensero, este bote lo dice, que es el de la Magdalena, que codicioso queria que se vendiese y se diese á pobres, y ahora es una de las mayores penas que tengo esta, ver lo que queria para remediar pobres, vendido; porque todo lo aplicaba á vender, y despues, por salir con mi tema y vender el unguento, vendí al Señor que le tenia, y así remedí mas pobres que quisiera.» «Ladron (dije yo, que no me pude reportar), pues si viendo á la Magdalena á los pies de Cristo te tocó la codicia de riqueza, cogieras las perlas de las muchas lágrimas que lloraba, hartáste de oro con las hebras de cabellos que arrancaba de su cabeza, y no cuiciaras su unguento con alma boticaria. Pero una cosa querria saber de tí: por qué te pintan con botas, etc. (Edición de Pamplona, 1631.)

de ser esto de dar y recibir, si los ladrones se condenan por tomar lo ajeno, y la mujer por dar lo suyo? Aquí de Dios, que si el ser puta es ser justicia; si es justicia dar á cada uno lo suyo,—pues lo hacemos así, ¿de qué nos culpan? Dejó de escucharla, y pregunté (como nombraron ladrones) dónde estaban los escribanos.

«¿Es posible que no hay en el infierno ninguno, ni le pude topar en todo el camino?» Respondióme un verdugo: «Bien creo yo que no topádes ninguno por él.» Pues ¿qué hacen? ¿Sálvanse todos? «No, dijo; pero dejan de andar, y vuelan con plumas. Y el no haber escribanos por el camino de la perdicion no es porque infinitísimos que son malos no vienen acá por él, sino porque es tanta la prisa con que vienen, que volar y llegar y entrar es todo uno (tales plumas se tienen ellos); y así no se ven en el camino.» Y acá, dije yo, ¿cómo no hay ninguno? «Sí hay, me respondió; mas no usan ellos de nombre de escribano, que acá por gatos los conocemos. Y para que echeis de ver qué tantos hay, no habeis de mirar sino que con ser el infierno tan gran casa, tan antigua, tan mal tratada y sucia, no hay un raton en toda ella, que ellos los cazan.»

¿Y los alguaciles malos no están en el infierno? «Ninguno está en el infierno, dijo el demonio.» ¿Cómo puede ser, si se condenan algunos malos entre muchos buenos que hay? «Digoos que no están en el infierno, porque en cada alguacil malo, aun en vida, está todo el infierno en él.» Santiguéme y dije: Brava cosa es lo mal que los quereis los diablos á los alguaciles. «No los habemos de querer mal, pues segun son endiablados los malos alguaciles, tememos que han de venir á hacer que sobreemos nosotros para lo que es materia de condenar almas, y que se nos han de levantar con el oficio de demonios, y que ha de venir Lucifer á ahorrarse de diablos y despedirnos á nosotros por recibirlos á ellos?»

No quise en esta materia escuchar más, y así me fui adelante, y por una red vi un amenísimo cercado todo lleno de almas que, unas con silencio y otras con llanto, se estaban lamentando. Dijéronme que era el retiramiento de los enamorados. Gemí tristemente viendo que aun en la muerte no dejan los suspiros. Unos se respondian en sus amores, y penaban con dudosas desconfianzas. ¡Oh qué número dellos echaban la culpa de su perdicion á sus deseos, cuya fuerza ó cuyo pínzel los mintió las hermosuras! Los más estaban descuidados por *penesque*, segun me dijo un diablo. ¿Quién es *penesque*, dije yo, ó qué género de delito? Rióse y replicó: «No es sino que se destruyen, fiándose de fabulosos semblantes, y luego dicen pensé que no me obligara, pensé que no me amartelara, pensé que ella me diera á mí, y no me quitara, pensé que no tuviera otro con quien yo rínera, pensé que se contentara conmigo solo, pensé que me adoraba; y así todos los amantes en el infierno están por *penesque*. Estos son la gente en quien más ejecuciones hace el arrepentimiento, y los que menos sabian de sí.» Estaba en medio dellos el amor lleno de sarna, con un rótulo que decia:

No hay quien este amor no dome  
Sin justicia ó con razon,  
Porque es sarna y no alicion  
Amor que se pega y come.

¿Cóplica hay? dije yo: no andan lejos de aquí los poetas; cuando volviéndome á un lado veo una bandada

de hasta cien mil dellos en una jaula, que llaman los Orates en el infierno. Volví á mirarlos, y díjome uno señalando á las mujeres: «¿Qué, digo? esas señoras hermosas todas se han vuelto medio camareras de los hombres, pues los desnudan y no los visten!» ¿Conceptos gastais aun estando aquí? Buenos cascos teneis, dije yo; cuando uno entre todos, que estaba aherrojado y con más penas que todos, dijo: «¡Plegue á Dios, hermano, que así se vea el que inventó los consonantes! pues porque en un soneto

Dije que una señora era absoluta,  
Y siendo más honesta que Lucrecia,  
Por dar fin al cuarteto la hice puta.  
Forzóme el consonante á llamar necia  
A la de más talento y mayor brio:  
¡Oh ley de consonantes dura y recia!  
Habiendo en un terceto dicho fio,  
Un hidalgo afronté tan solamente  
Porque el verso acabó bien en judío.  
A Heródes otra vez llamé inocente;  
Mil veces á lo dulce dije amargo,  
Y llamé al apacible impertinente.  
Y por el consonante tengo á cargo  
Otros delitos torpes, feos, rudos;  
Y llega mi proceso á ser tan targo,  
Que porque en una octava dije escudos,  
Hice sin más ni más siete maridos,  
Con honradas mujeres, ser cornudos.  
Aquí nos tienen, como ves, metidos  
Y por el consonante condenados.  
¡Oh miseros poetas desdichados,  
A puros versos, como ves, perdidos!»

¡Hay tan graciosa locura, dije yo, que aun aquí estais sin dejarla ni de cansaros della! ¡Oh qué vi dellos! Y decia un diablo: «Esta es gente que canta sus pecados como otros los lloran, pues en amancebándose, con hacerla pastora ó mora, la sacan á la vergüenza en un romancico por todo el mundo. Si las quieren á sus damas, lo más que les dan es un soneto ó unas octavas; y si las aborrecen ó las dejan, lo ménos que les dejan es una sátira. ¡Pues qué es verlas cargadas de pradicos de esmeraldas, de cabellos de oro, de perlas de la mañana, de fuentes de cristal, sin hallar sobre todo esto dinero para una camisa, ni sobre su ingenio! Y es gente que apenas se conoce de qué ley son, porque el nombre es de cristianos, las almas de herejes, los pensamientos de alarbes, y las palabras de gentiles.» Si mucho me aguardo, dije entre mí, yo oiré algo que me pese.

Fuíme adelante, y dejélos con deseo de llegar adonde estaban los que no supieron pedir á Dios. ¡Oh qué muestras de dolor tan grandes hacian! ¡Oh qué sollozos tan lastimosos! Todos tenían las lenguas condenadas á perpetua cárcel, y poseidos del silencio. Tal martirio, en voces ásperas de un demonio, recibian por los oídos: «¡Oh corvas almas inclinadas al suelo, que con oracion logrera y ruego mercader y comprador os atrevistes á Dios y le pedistes cosas que de vergüenza de que otro hombre las oyese aguardádes á coger solos los retablos! ¿Pues cómo? ¿Más respeto tuvisteis á los mortales que al Señor de todos? Quien os ve en un rincón, medrosos de ser oídos, pedir mormurando sin dar licencia á las palabras que se saliesen de los dientes cerrados de ofensas: Señor, muera mi padre, y acabe yo de suceder en su hacienda; llevaos á vuestro reino á mi mayor hermano, y asegúradme á mí el mayorazgo; halle yo una mina debajo de mis pies; el rey se incline á favorecerme, y véame yo cargado de sus favores; y ved (dijo)